

MIÉRCOLES DE CENIZA

1ª lectura (Joel, 2, 12-18): *Perdona, Señor, a tu pueblo.*

Salmo (50, 3-4.5-6ab.12-13.14 y 17): *«Misericordia, Señor, hemos pecado»*

2ª lectura (2ª Corintios 5, 20 - 6, 2): *Ahora es día de salvación.*

Evangelio (Mateo 6, 1-6.16-18): *Tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará.*

Hoy comenzamos la Cuaresma. Hoy comienza para mí un tiempo favorable, una nueva oportunidad de gracia y salvación. Hoy puedo empezar, sin mirar hacia atrás o bien aprendiendo de mi historia personal, a orientar mi vida hacia Dios y su misericordia, hacia Cristo su hijo encarnado, a dejarme conducir por el Espíritu y la Palabra en las alegrías y en las tristezas diarias.

Eso es la conversión, el paso de Dios por mi vida para que me vuelva hacia Él, le mire y sienta en mí su mirada capaz de sacar de mí los mejores registros. Esta es una Cuaresma siempre nueva. Todos somos capaces de reflexionar, de interrogarnos, de vivir y de rezar. De hacer lo posible para que la compasión se instale en mi vida.

Ese fue uno de los rasgos de la vida de Jesús, a quien se le conmovían las entrañas cuando veía a las gentes abandonadas, como ovejas que no tienen pastor. Y era capaz de dejar las noventa y nueve para buscar y cargar con la descarriada, desorientada, enferma o herida.

*Danos, Señor,
un corazón compasivo y bueno,
para que nos dejemos conmover
por la necesidad de nuestro prójimo.
Aleja de nosotros la hipocresía.
Que no hagamos las cosas
buscando nuestra propia gloria,
ni para ser reverenciados por los demás,
ni para que nos vean,
ni para aparecer con cara de buenos.
Que seas Tú quien mueva mi vida.
Haz de ella una entrega,
en amor y servicio,
a nuestro prójimo pobre y necesitado.*

La compasión refleja bien el corazón de Dios. *«Vuestro Dios es compasivo y misericordioso»* nos dice Joel en la primera lectura que proclamamos hoy. Movido por este sentimiento de su Padre, Jesús pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal, mostrando así que Dios estaba con él.

Otro fundamento para la conversión es el de la reconciliación, como Pablo pide en la segunda lectura. Reconciliación con Dios y entre nosotros. Hay mucha crispación en las relaciones personales y de grupos en todos los niveles humanos: en la Iglesia con una gran dificultad de entendimiento y aceptación entre personas y tendencias.

Con la dificultad añadida de que todos creemos estar en posesión de la ortodoxia y la verdad, y con la tentación de utilizar el poder, el que se tenga, para imponerla. Una vez más vendría bien recordar los versos de Machado: *«¿Tu verdad? No, la Verdad, y ven conmigo a buscarla. La tuya, guárdatela»*.

Reconciliación entre las naciones, separadas, cada vez más, por un abismo que cada día se hace más grande, según denuncia constantemente la Iglesia: el abismo entre los ricos y los pobres, los que tenemos de todo y los arrojados al hambre y a la miseria:

¿No podemos hacer por ellos algo más de lo que hacemos?

¿Somos los cristianos, es la Iglesia, signo del amor de Cristo a los pobres?

¿Qué significado tiene la palabra “reconciliación” empleada en uno u otro sitio de este abismo?

Jesús, recoge los caminos de limosna, oración y ayuno, ofrecidos al judío creyente a lo largo de las páginas de la Biblia como valores, profanados por la intención torcida de algunos de ellos, nos ofrece su opinión sobre ellos. En las tres propuestas que hace a sus discípulos sobre la limosna, la oración y el ayuno, coloca como contrapunto *«como hacen los hipócritas»*.

Es la frase más repetida en el texto evangélico que proclamamos. Junto con otra frase, esta vez positiva, para los que obran según buenos criterios y, también por tres veces repetida: *«Tu Padre, que mira a lo escondido, te lo pagará»*. Es Dios mismo quien avala esta manera de actuar propuesta por Jesús. Este *«Tu Padre te lo pagará»*, tiene el sentido de devolver algo que es debido, como si Dios mismo se comprometiese a entregarte lo que tú has dado como limosna al pobre.